

de todos los que se le deben. Las causas que en Inglaterra condujeron al deísmo, condujeron en Francia á la más absoluta incredulidad. Guerras de religion ensangrentaron á ambos países; cuando los hombres se cansaron de matarse por misterios incomprensibles, se preguntaron si era aquella la religion que un Dios habia enseñado al mundo. En Francia y en Inglaterra se dijeron: no, no es ésta una religion divina, pero los Franceses dedujeron de esto que el cristianismo mismo, en cuyo nombre los hermanos se habian degollado entre sí debia ser una quimera ó una superchería: de aquí el movimiento de incredulidad que, á despecho de todas las reacciones religiosas, persiste en Francia. En Inglaterra el pueblo dejó al rey y á los cortesanos encenagarse en el vicio y permaneció fiel á su Biblia. En cuanto á los que experimentaban la necesidad de darse cuenta de la razon de sus creencias, rechazaron los misterios incomprensibles que habian armado á los sectarios; pero no confundieron en una misma reprobación las verdades morales que Cristo ha predicado, con los dogmas que una Iglesia supersticiosa ha decorado con el nombre de teología cristiana; separaron la esencia del accidente, mezcla la mayor parte de las veces impura, que las pasiones humanas han añadido al oro del Evangelio. Hé aquí el deísmo.

Es, pues, muy cierto, como dicen los católicos, que el protestantismo condujo al deísmo; pero en lugar de censurárselo como un crimen, debemos alabarle por ello, pues es el único camino que puede salvar el porvenir religioso de la humanidad. El catolicismo es un callejon sin salida; los que permanecen en él son supersticiosos ó hipócritas; los que se separan de él se vuelven ateos y materialistas. Agradezcamos á los reformadores el haber conducido á los pueblos fuera del cristianismo tradicional, conservando la fe. Por mejor decir, debemos inclinarnos ante Dios, porque él es el que ha guiado á los reformadores por un camino por el que, seguramente, no se hubieran aventurado, si hubiesen visto el final á dónde los conducia. Pensaban continuar en el cristianismo tradicional, se creian verdaderos discípulos de Cristo; sin saberlo y á su pesar abandonaron una tradicion de que se creian órganos legítimos. ¡Niéguese despues de esto el gobierno de la Providencia! No hubiera aceptado Lutero, no hubiera aceptado

Calvino el *cristianismo racional* de Locke, primera manifestacion del deísmo; sin embargo, Locke y los deístas son los discípulos de la reforma. Si los hombres no han hecho lo que querian, si han hecho lo que no querian, ¿quién los ha conducido hácia una doctrina que glorificamos? Todos aquellos que no crean en un acaso ciego responderán: Dios.

N.º 3.—*El deísmo y el cristianismo.*

I.

Toland llama á Jesucristo el sol más resplandeciente de santidad, de justicia y de ciencia (1). Aquel que, segun los teólogos ortodoxos, es el apóstol del deísmo, se expresa en el mismo sentido. Tindal no quiere que se le llame deísta sin añadir el calificativo de cristiano, porque ya el deísmo era sospechoso de hostilidad contra la religion tradicional: su doctrina, dice, es un *deísmo cristiano*. ¿Qué diferencia hay, pues, entre los cristianos que se llaman ortodoxos y los cristianos deístas? Que los primeros no se atreven á servirse de su razon para examinar los dogmas que pretenden estar consagrados por la Escritura; basta que se les diga que una creencia se halla contenida en los libros sagrados para que la acepten: el ideal de esta fe ciega es Tertuliano, vanagloriándose de creer una cosa porque es absurda. Por el contrario, los deístas someten sus dogmas al exámen de su razon, y si creen en la Escritura, es por las verdades que en ella encuentran. Piensan que Dios les ha dado la razon para que se sirvan de ella: ¿y qué mejor uso podrian hacer de ella que discernir lo verdadero de lo erróneo y lo supersticioso? Por este medio adquieren una conviccion real de sus creencias, lo cual los hace inquebrantables en su fe. Tindal va más léjos y se defiende aún de la nota de innovador; no hace, dice, más que lo mismo que hacen todos los cristianos. Hay que recordar que se dirige á los protestantes; es muy

(1) TOLAND, *The constitution of the christian church (A collection of several pieces, t. II, p. 130).*

cierto que las sectas reformadas *racionalizan* la Sagrada Escritura. Los luteranos de pura raza habian ya echado en cara á Calvino el ser racionalista, y la acusacion no estaba completamente desprovista de fundamento; acerca del misterio capital del cristianismo histórico, la eucaristía, el reformador de Ginebra se separó de la letra de los Evangelios, para adoptar la interpretacion que ménos se opone á la razon. Desde el siglo XVI, los protestantes de todas las sectas continuaron por este camino; cada cual violentaba más ó ménos la Escritura, cuando contradecía á su creencia. ¿Por qué? porque contenia artículos que no podia aceptar. Ahora bien, dice Tindal, los deistas hacen lo mismo que los arminianos y los latitudinarios: ¿por qué, pues, se les ha de negar el título de cristianos? (1).

Bajo el punto de vista protestante, Tindal tenia razon: los deistas ingleses podian llamarse cristianos, lo mismo que los unitarios. Sin embargo su cristianismo apenas se parecia al cristianismo ortodoxo, ni áun al reformado. Los reformadores empezaron por aceptar los decretos de los concilios generales que formularon los dogmas cristianos en los primeros siglos de la Iglesia; permanecieron, pues, en cierto sentido, dentro de la tradicion católica. Los deistas dieron un paso más en este camino, remontándose hasta Jesucristo. Estaban completamente dentro del espíritu de la reforma: ¿no pretendian los reformados volver al cristianismo primitivo? En este caso, era preciso no pararse en los tres primeros siglos; ¿quién no sabe en efecto todo lo que habian añadido á la enseñanza de Cristo la ignorancia, la supersticion y una falsa filosofía? Compárense la teología de los concilios y la predicacion de la buena nueva; parece que son dos religiones completamente diferentes. En el Evangelio no se encuentra un solo dogma, no contiene más que máximas de moral. Y ¿cómo podia ser de otra manera? Jesucristo se dirigia con preferencia á los desheredados de este mundo, á los pobres; ¿podia hablarles de especulaciones metafísicas, de creencias incomprensibles? ¿Qué les predicó? El arrepentimiento, la conversion, es decir, el renacimiento del hombre interior. ¿Hacia falta para esto la teología? La vida santa de Cris-

(1) *Christianity as old as the creation*, 337, 340, 396, 319.

to le atrajo discípulos, no su ciencia teológica, puesto que no hay ni sombra de ciencia en el Evangelio. Abranse despues de esto las recopilaciones de los concilios, los escritos de los Padres ¿de qué hablan? De cuestiones abstrusas, que ellos mismos declaran no comprender; de sutilezas griegas mezcladas con supersticiones paganas: ¿es éste el cristianismo de Jesucristo? (1).

Esta distincion entre el cristianismo de Jesucristo y el cristianismo teológico alterado, corrompido por la supersticion, por la filosofía, y muy frecuentemente por el interes de los sacerdotes, fué un artículo de fe para la secta de los deistas. Los ménos creyentes, aquellos á quienes difícilmente se podia dar el nombre de cristianos, tales como Bolingbroke, hablan con respeto de Cristo y de la revelacion cristiana; sin embargo, Bolingbroke, amigo de Voltaire, se acerca más á la incredulidad francesa que al deísmo inglés. Esto prueba que lo mismo el cristianismo de los deistas, que el de los unitarios modernos, no tenian nada del cristianismo histórico; lo hubieran rechazado, lo mismo los reformadores que los partidarios de Roma. Para los cristianos ortodoxos, luteranos, calvinistas ó católicos, el cristianismo consiste esencialmente en misterios; los protestantes han ido todavía más allá que los católicos, exagerando el principio de la fe, y aquella fe es una fe misteriosa, revelada, de la cual nada comprende la razon: es como un reto continuo á la razon. Uno de los primeros deistas, Toland, escribió en 1696 un libro titulado *El Cristianismo sin misterios*. El título solamente es una revolucion, y hubiera bastado para ser causa de su condenacion, lo mismo en Ginebra que en Roma y en Wittemberg. ¿Qué sería si los ortodoxos de pura raza hubieran abierto aquel famoso cristianismo?

Toland confiesa, desde la primera página, que no está de acuerdo con los teólogos. Segun ellos, la religion cristiana consiste esencialmente en misterios, y quieren que se les crea sin que se los comprenda, porque lo que constituye el misterio es el que no puede ser comprendido. Esto no asusta á nuestro atrevido deista; ha escuchado á todas las sectas sobre el misterio de la Eu-

(1) TOLAND, *The constitution of the christian church* (Collection, t. II, páginas 130-132).

caristía; y ¿qué le han enseñado? Los católicos sostienen á piés juntillas que el cuerpo y sangre de Jesucristo han sido transubstanciados, por más que nuestros ojos no vean más que pan y vino. Enseguida vienen los luteranos quienes con su severa voz gritan que los romanos son idólatras, que su transubstanciacion es tan absurda en el fondo como bárbaro el vocablo. «Es preciso creer, sin embargo, dicen, en la presencia real; bien quisiéramos creer lo contrario, añaden, pero estamos atados por el texto.» «No comprendéis las palabras de Cristo, les objetan los calvinistas; nosotros distinguimos.» Y su distincion es tan luminosa, que no se sabe si conservan el misterio en su realidad, ó si lo espiritualizan. Zuinglio pretende á su vez que todos los ortodoxos materializan el misterio; él, por el contrario, lo espiritualiza tanto que queda reducido á la nada. Escuchad ademas á los arminianos y á los socinianos y tendréis la imágen de la torre de Babel. Lo que hace más completa esta algarabía, es que todas las sectas se condenan recíprocamente por un misterio que ninguna de ellas quiere admitir sino con su interpretacion, que, segun dice, es la única verdadera. ¡Admírese, pues, el cristianismo con misterios!

¿Quién autoriza á cada secta para decir que su interpretacion es la única verdadera? La Iglesia católica reclama para sí la infalibilidad, lo cual es un excelente medio de tener siempre razon. Pero los protestantes no quieren oír hablar de la Iglesia infalible, y ¡cosa curiosa!, en el seno mismo de la Iglesia llamada infalible no ha podido saberse jamas á quién pertenece la infalibilidad, si á los papas ó á los concilios; es un nuevo misterio tan incomprendible, tan increíble como los dogmas de la teología. Prescindamos de la Iglesia católica, y preguntemos á las sectas protestantes cuál es su principio de certidumbre: evidentemente, no tienen otro que la razon. En filosofía no se ha recusado jamas esta autoridad; y es imposible recusarla en teología, á ménos de volver al catolicismo y acabamos de ver que no se ganaria gran cosa en ello. Es preciso pues, admitir que la razon es el único principio de certidumbre, y que su autoridad se extiende lo mismo á la religion que á la filosofía (1).

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 1-6.

Es el principio de la evidencia racional aplicada á la religion. ¿Es esto destruir la fe, como dicen los ortodoxos? Pero ¿qué es la fe? Si por fe se entiende una creencia ciega, que no tiene conciencia de lo que afirma, en ese caso es cierto que puede pasarse sin la razon. Pero ¿se concibe que Dios imponga semejante fe á criaturas racionales? Que un despota, por mejor decir, que un impostor exija que se le crea, cerrando los ojos y los oídos, se concibe; pero ¿qué será aquella creencia? Una preocupacion, una ilusion fundada en una sumision servil. No es así como Dios revela la verdad. Dios habla á seres dotados de razon, de una razon imperfecta, es verdad, puesto que son criaturas imperfectas; pero Dios que las ha creado imperfectas, debe tener en cuenta su imperfeccion; cuando les habla, pues, debe hablarles un lenguaje al alcance de su inteligencia. Por consiguiente, claro está que no puede haber misterios revelados por Dios. ¡Cómo! ¡Dios condesciende á comunicar la verdad á los hombres, y les dirige palabras que llegan á sus oídos, pero que no tienen sentido alguno para su inteligencia! Están adelantados. Saben que Dios es una trinidad, pero no dan sentido alguno á esta palabra. ¿No es esto lo mismo que si Dios les dijera: «Creed que me llamo Blictri; no os diré lo que es esto, porque no podriais comprenderlo?» Tal es el misterio de los teólogos. Con esto los ortodoxos se engrien y miran con desprecio á los que ignoran que hay un *Blictri*, y condenan á los que no quieren creerlo. ¡Oh estupidez humana! (1).

La fe de un sér racional no puede ser más que el asentimiento que su razon presta á una verdad que comprende, en los límites de su imperfeccion. No puede, pues, haber fe sin que la razon intervenga, ante todo, para examinar y conocer lo que se le propone creer. Si esto es así, es imposible que Dios haya procedido de otra manera. San Pablo dice que los que no han oído el nombre de Cristo, no pueden creer en él. ¿Podrian creer tampoco, si se les anunciase la venida del Salvador en una lengua que no comprendiesen? Ahora bien, decir á los hombres cosas que no pueden concebir, ¿no es hablarles en una lengua extraña, desconocida? ¿Cómo, pues, han de creer en ellas? Hay una escuela de filosofía, se dice,

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 132-133.

que se contentaba con la palabra del maestro para creer. Pero al ménos el maestro no exigía esta fe ciega; de otro modo hubiera merecido más bien el nombre de charlatan que el glorioso título de sabio. ¿Ha dicho Jesucristo á sus discípulos: Creed todo cuanto yo os diga, aún cuando no comprendais una palabra de lo que digo? A este absurdo, sin embargo, á este inconveniente conduce el *cristianismo con misterios* (1).

Toland lleva en seguida el debate á otro terreno. Pregunta cuál es el objeto de la revelacion. Se da á Jesucristo el nombre de Salvador, y todas las sectas cristianas están conformes en decir que ha venido para salvar á los hombres. Los misterios, si es que hay misterios, deberían tener una relacion esencial con nuestra salvacion; así lo dicen los ortodoxos de todas las confesiones. Supongamos que los misterios del cristianismo teológico contienen verdades; ¿cómo han de hacer la salvacion de los hombres verdades que éstos no pueden comprender? Esto es tan inconcebible, tan imposible como el misterio mismo que debe hacer este milagro. Jesucristo dice incesantemente á los que acuden á escucharle: «Arrepentíos, corregíos, renaced á una vida nueva, si quereis tener cabida en el reino de los cielos.» Y para ayudar á corregirse á los hombres, para regenerarlos, ¿les habia de predicar misterios que no comprenden y que ninguna relacion tienen con su regeneracion moral! ¿Tiene esto sentido comun? Sin embargo, esta falta de sentido comun es lo que constituye toda la teología cristiana. Jesucristo no predicaba más que moral, no pronuncia la palabra misterio, y no habla de creencias misteriosas. Entre los teólogos por el contrario, todo es misterio, empezando por la persona misma de Cristo. ¿Qué ha ganado con ello la moral? ¿Serán los hombres más morales porque pronuncien la palabra Trinidad, palabra á que no dan sentido alguno? ¿Serán más morales por creer que el pan se convierte en cuerpo de Jesucristo? ¿Qué hay de comun entre los dogmas incomprensibles y la regla de las costumbres? (2).

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 133 y sig. — BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. II, p. 259.

(2) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 80.—*The constitution of the christian church* (Collection, t. II, p. 132).

Los teólogos han introducido muchos misterios en el cristianismo, pero ¿quién los ha autorizado para ello? Pretenden que sus dogmas se remontan hasta Jesucristo. Si Cristo hubiese venido á predicar dogmas, hubiera debido hacerlo en términos claros y precisos. ¿Se concibe al Hijo de Dios encarnándose para enseñar misterios, de los que quiere hacer la condicion de la salvacion, y no diciendo nada de aquellos pretendidos misterios, ó diciendo á lo más alguna palabra de ellos de tal modo que las opiniones más contradictorias invocan el testimonio de la Sagrada Escritura? ¿Un testigo que lo dice todo á un mismo tiempo, el pro y el contra, sí y no, blanco y negro, es un testigo? Para quien lee los Evangelios con ánimo no preocupado por la teología, no puede quedar ni sombra de duda sobre la enseñanza de Cristo: es moral, no es teológica. Cristo quiere que su doctrina sea predicada en todas partes; esto es, al parecer, para que todo el mundo la oiga, la comprenda y la practique. ¿Hubieran cumplido con su mision los discípulos, si hubiesen predicado en hebreo á pueblos que no comprendian más que el griego? Pues bien, no hubieran comprendido más si se les hubiese hablado de Trinidad y de transubstanciacion. ¿De dónde provienen, pues, los misterios? La palabra es pagana y la cosa tambien. Es una invencion de los sacerdotes. No carecia el gentilismo de misterios; ¿era por eso más moral la sociedad? En oposicion á estas doctrinas ocultas y más ó ménos incomprensibles, es como Jesucristo quiere que la buena nueva sea anunciada en todas partes. Debe decirse, pues, que el cristianismo es contrario á los misterios, léjos de no consistir más que en misterios. Los sacerdotes por espíritu de dominacion, y los filósofos por aficion á sus sutilezas, son los que han llenado el cristianismo de misterios. ¿Se encontró mejor la cristiandad con esta nueva religion que con la religion evangélica? Véase lo que son en realidad los misterios: los unos son vanas palabras, que se enseñan á los niños al educarlos y que olvidan bien pronto; los otros son prácticas supersticiosas. Estas palabras vanas, estas supersticiones, ¿merecen el nombre de cristianismo? ¿Merecen el nombre de religion? (1).

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 98, 153 y sig.

Llegamos á la conclusion de los deistas: el verdadero cristianismo es idéntico con la moral. Uno de los últimos deistas, Chubb, ha deducido esta consecuencia de los trabajos de sus predecesores. Jesucristo, dice, no ha venido á predicar dogmas, misterios, ha venido á practicar una ley de vida para regenerar el mundo; ahora bien, para que los hombres renazcan á una vida nueva no se necesitan dogmas, sino una regla para las costumbres, apoyada en la santidad del que la enseña. El hermoso nombre de Salvador que los cristianos dan á Jesucristo, debería enseñarles cuál fué su mision. Vino á salvar á los hombres, es decir, á proporcionarles la felicidad en la vida futura. ¿Cuáles son los caminos de la salvacion? Chubb reduce la predicacion evangélica á tres máximas: se debe vivir segun los preceptos de la razon: el que los viola debe hacer penitencia; Dios ha de juzgar á los hombres. Hé aquí la *buena nueva*. No es más que la ley natural; habiéndola olvidado ó alterado los judíos y los gentiles, Jesucristo vino á restablecerla.

Se pretende que ademas de la moral hay en el Evangelio dogmas de fe. Chubb responde con Toland, que es imposible que Cristo haya predicado misterios incomprensibles, porque se dirigia con preferencia á las gentes sin instruccion, á las gentes del pueblo; ¡y habia de hablar del Verbo, de la predestinación y de la Eucaristía á aquellos simples de espíritu! Chubb no niega que en los Evangelios y en los escritos de los apóstoles se encuentre el germen, por lo ménos, de más de un dogma teológico, pero pretende que todo cuanto es doctrina es extraño á la enseñanza de Cristo y debe ser atribuido á sus discípulos; son concepciones judías ó griegas. Léjos de celebrarlas como verdades divinas, se debe ver en ellas la causa de la corrupcion del cristianismo. Son, en efecto, una desviacion del objeto que Jesucristo se habia propuesto. No hay más que un medio de *salvar* á los hombres, y es *reformatos*; ahora bien, se regenera á los hombres moralizándolos, no anunciándoles misterios. Aun cuando estos misterios fuesen verdad, ¿qué importa? Siempre serian verdades incomprensibles y sin relacion alguna con el renacimiento interior, con la vida nueva que el Salvador queria infundir en el alma de sus discípulos. ¿Qué ha resultado de esto? Que el cristianismo no consiste ya en hacer, sino

en creer. Se es cristiano porque se cree en el Evangelio, lo cual quiere decir que se da su asentimiento á ciertas proposiciones sobre la naturaleza de Cristo y su mision. Esto es lo que los protestantes llaman la fe, y segun Lutero, la fe es la que salva. El vulgo de los fieles se ha arreglado sobre esta base un cristianismo muy cómodo: creen que Cristo es Hijo de Dios, creen que es la segunda persona de la Trinidad, creen que ha muerto por redimir nuestros pecados, creen que es nuestro mediador; y creyendo todo esto, duermen á pierna suelta; porque teniendo fe están seguros de su salvacion, aun cuando no comprendan ni una palabra respecto del objeto de la fe. Dicen que la muerte de Cristo ha *dado satisfaccion* por ellos; pero se verian muy perplejos si se les preguntase qué relacion hay entre aquella *satisfaccion* y su *moralidad*. Aun cuando Jesucristo hubiera muerto cien veces por nosotros, esto no nos haria mejores: la moralidad es un hecho esencialmente *personal*, porque donde debe verificarse la transformacion es en el alma del pecador (1).

Es preciso, pues, dejar á un lado en la Escritura todo lo que es dogma ó misterio. Quedan las máximas morales formuladas por Chubb: esto es lo que el primero de los deistas habia ya llamado la religion natural. Se la llama natural, porque forma parte de nuestra naturaleza, puesto que Dios la ha grabado en nuestra conciencia. Ademas aprendemos á conocerla por un medio natural: este medio es la razon. El cristianismo es, pues, como decia Locke, una religion *racional*. Por consiguiente, la idea de revelacion debe modificarse; no puede tratarse ya de una revelacion sobrenatural, milagrosa. ¿Para qué un camino extraordinario, un camino que viola todas las leyes de la naturaleza, cuando basta el camino ordinario? En este sentido es como Tindal sostiene que el *cristianismo es tan antiguo como el mundo*, ó como dice tambien, que el *Evangelio es una nueva promulgacion de la ley natural*.

(1) CHUBB, *The true gospel of Jesus Christ asserted*. — LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 316 y sig.